

Los sacerdotes son parte del personal no sanitario que desde hace casi un año han estado y están en primera línea de la pandemia en los hospitales. Y también en los cementerios.

Se han enfrentado a las peores consecuencias del coronavirus, al haber visto pasar a decenas de muertos, mientras rezaban un corto responso y asistían espiritualmente a las familias para sobrellevar el trance.

Antonio López es uno de los 10 capellanes de la provincia de Ciudad Real que ha visto de cerca el horror: la frenética actividad de los sanitarios, la impotencia de los profesionales por la falta de medios y la tristeza ante la cadena de féretros que tenía que despedir a las puertas del camposanto los pasados marzo y abril.

Capellán de hospital de Tomelloso, titular de la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles y delegado de Cáritas Diocesana en la localidad, López repasa las situaciones que ha vivido con su labor de “buen samaritano”.

Las tres ‘ces’

Desde el cumplimiento del ideario de las tres ‘ces’ -curar, cuidar y consolar-, asegura que la atención asistencial actual se desarrolla con “más más tranquilidad” que durante la primera ola, a pesar de los altos y persistentes niveles de incidencia en su tercer embate social.

Hay diferencia, sostiene, ya que en los inicios el virus provocó “un tsunami” en la provincia, especialmente en Tomelloso, que se vio convertida en una de las ‘zonas cero’ de la pandemia.

Entonces, el centro hospitalario tomellosero tuvo una gran presión, con el personal “desbordado y un gran sufrimiento”. “Era muy difícil curar” porque “el virus iba por delante, y la gente moría”. También fue “un caos” la posibilidad de cuidar porque “nos aislaron” y hubo que “reinventarse escribiendo cartas para los enfermos”.

El acceso a los equipos de protección fue otro gran frente difícil de alcanzar, comenta López, sobre todo para los profesionales sanitarios.

Igualmente, el consuelo a las familias también cambió su esencia en aquellos meses de hace casi un año, y se escenificaba a la puerta de los cementerios (la Iglesia suspendió las misas y los actos de culto públicos), con decenas de funerales, sin apenas acompañantes (se permitían entre 3 y 5 personas) y una liturgia sencilla.

Para su organización, los cinco párrocos de Tomelloso se repartieron estos oficios ‘exprés’ por días. “Cuando llegábamos nos entregaban un listado y teníamos uno cada media hora, a las 10, las 10,30, las 11, las 11,30,..., y también por la tarde”.

Incluso suprimieron la posibilidad de que el sacerdote acompañara al féretro al nicho, para que los enterradores pudieran aprovechar esos pocos minutos entre los servicios y así terminar el trabajo de manera puntual. Y sin solución de continuidad.

El cura ciudarrealeño, que lleva 12 años en la localidad tomellosera, asegura que el escenario ha cambiado desde el verano, al menos a la hora de dar

